

Filosofía de la ciudad: su necesaria reivindicación en tiempos de la globalización

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE CAÑAS*

ASÍ COMO LA FILOSOFÍA ES PRODUCTO DE LA CIUDAD, la ciudad sin filosofía tiende a deshumanizarse; este trabajo pretende sensibilizar a los lectores de que más allá de que en nuestros tiempos la filosofía se convirtió en una profesión universitaria, todos estamos en posibilidad de hacer filosofía y, de hecho, es una responsabilidad que debemos cumplir desde nuestro barrio, las zonas residenciales, las plazas comerciales, los parques, las plazas públicas, oficinas, las fábricas y los miradores de los rascacielos, pues de no hacerlo, el futuro de los urbanitas, se desplazará hacia un mundo apocalíptico.

Palabras clave: filosofía, ciudad, urbanización completa, urbanita, humanismo.

THUS LIKE THE PHILOSOPHY IS A PRODUCT OF THE CITY, the city without philosophy tends to dehumanize; this paper pretends sensitize to the readers that beyond of our era, the pilosophy has become in an university profession, all of us are in possibility to make philosophy, and in the fact, is a responsibility that we must perform since our neighborhood, suburbs, malls, parks, public squares, offices, factories, and since the top of the towers, because if we don't do it, the urbanits future will tends to an apocalyptic world.

Key word: philosophy, city, full urbanization, urbanit, humanism.

* Profesor-investigador, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

[...] la filosofía no está en la ciudad, sino que es más bien ciudad pensándose a sí misma y la ciudad es, como ha señalado Lyotard, agitación del pensamiento que busca su hábitat.

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ SORIA¹

¿Dónde se puede hacer filosofía en las megalópolis globales?

Cuando uno se acerca filosóficamente a la ciudad, se advierte que entre filosofía y ciudad hay más cercanía de la que uno se imagina, pero a la vez descubre que entre ellas hay un divorcio; las dos mantienen una relación electiva y crítica respecto de sus propios orígenes y tradiciones. Ambas se reconocen portadoras de un pasado que les da densidad histórica pero que no las ata, un pasado con el que dialogan críticamente y al que revitalizan transformándolo (López, 2003:1); esa relación se da en puntos que interesan para una discusión seria sobre la “filosofía de la ciudad”, tanto desde la perspectiva del discurso antiguo y moderno como de las posibilidades que sugieren reflexiones en estos tiempos de “desmodernización” (Touraine, 2000:33).

Para empezar, debemos reconocer que a principios del siglo XXI vivimos en los tiempos de la “urbanización completa” (Lefèbvre, 1973) donde hay voces que insisten en que ante los procesos de metropolización se vive una nueva forma de urbanismo donde la ciudad se extingue, lo que no desacredita que “hoy todos somos urbanos” (Borja y Castells, 2000:11); estos complejos procesos que viven las ciudades, obligan a marcar la diferencia entre *urbs* y *orbis*² (urbe-orbe), no sólo extendiendo sus fronteras físicas, urbanizando su entorno inmediato, sino universalizando.

1. Filósofo e historiador. Nace en España en 1937 y llega al Perú como jesuita en 1957. Formación: humanidades clásicas y literatura, filosofía e historia.

2. *Urbi et Orbi* originalmente es una expresión en latín, tomada por José Ignacio López Soria, que se refiere a la bendición que por tradición da el papa desde el balcón del Vaticano a los peregrinos que llegan de muchas partes del mundo, dos veces al año.

zando sus modos de vida e incluso atribuyendo al hombre los derechos, deberes y privilegios del poblador urbano (López, 2003:2).

Debemos recordar que en 1903 Georg Simmel, desde el Berlín del capitalismo financiero, identificó el “*blasse*”, característica única del nuevo hombre que vivía en las metrópolis nacientes, fenómeno que se refería a la disposición o actitud emocional que denota, entre las personas, “una indiferencia basada en el hastío”, donde el dinero es lo que más importa (Simmel, 2005).

Esto marca la diferencia entre simplemente vivir en la ciudad o apegar-se a los hábitos del ciudadano orientado por las instituciones de la buena convivencia, es decir, regido por valores y reglas de la cultura urbana, justamente a eso se refería Aristóteles cuando hablaba del *zoon politikón*; ese ciudadano civilizado responsable y comprometido, que habitaba las polis griegas en el siglo III a.d.n.e.

Con una preocupación parecida, Séneca en la Roma de la república decadente del siglo I d.n.e., afirmaba que “la filosofía era la teoría y el arte de la conducta recta”; para nuestra época alcanzar esa máxima moral, sólo será posible si evitamos que impere el divorcio entre la ciudad extendida, fragmentada, excluyente y gethificada del capitalismo global y la filosofía que permite repensar la ciudad, como único y mejor destino de la humanidad, tratando de acercarnos al ideal del *Triunfo de la ciudad* del que nos habla Edward Glaeser.³

Se debe considerar que en su origen la ciudad occidental es hechura y lugar del derecho; refirmando esta idea, Cicerón (2009) decía que “la filosofía es maestra de la vida, inventora de leyes y guía de la virtud”; por eso, en la modernidad la organización de la ciudad pasa por el tamiz del “contrato social” y las “prácticas democráticas” que tomaron fuerza durante las revoluciones de los siglos XVII y XVIII; de esos procesos históricos surgieron la revolución industrial y políticas urbanas que luego dieron lugar a las metrópolis del siglo XIX y XX.

La experiencia histórica de construir ciudades, muestra que la sociedad urbana se va cohesionando a partir de ese quehacer y pasado común al que se suma el diseño de sus instituciones con reglas de convivencia,

3. Glaeser (2011) dice que la ciudad es nuestra más grande invención porque nos está haciendo “más ricos, inteligentes, sustentables, saludables y felices”.

constrañimientos, usos sociales y los valores reconocidos y practicados por sus comunidades; de ahí que la rememoración histórica y la construcción simbólica de la ciudad a partir de prácticas reflexivas y artísticas, se conviertan en parte central de la vida cotidiana que produce tejido social y solidaridad, aun ahí en ciudades donde la diversidad social y multicultural se hace presente por la globalización, por eso: “No es raro que la ciudad no sea objeto de la filosofía sino que sea más bien escenario de todas las filosofías, así como la filosofía ha sido el acicate que necesita la ciudad para humanizarse” (López, 2003:1-2).

¿Cómo y cuándo surge la filosofía en la ciudad?

Antes de analizar cómo y cuándo surge la filosofía en la ciudad, necesitamos ver qué entendemos por ésta. Ya sabemos que etimológicamente la filosofía significa amor (*philos*) por el saber (*sophie*), pero en las discusiones de tradición, en algunos momentos a la filosofía se le ha entendido como el saber fundamental del ser (*ontos*) de todo lo que existe en la realidad.

El conocimiento teológico y el metafísico empezaron a ser cuestionados frente al científico que, había ganado terreno desde la antigüedad en los campos de la matemática y la lógica y en la modernidad empiezan a desarrollarse los campos de la física, la astronomía, la geografía, la química, la medicina, la historia, la economía y la política, a partir de descubrimientos, experimentos, inventos y análisis apoyados en reflexiones filosóficas positivistas, idealistas, empiristas y materialistas.

En sus tendencias hacia la especialización cada ciencia fue reclamando para sí la parte de la realidad que consideró su objeto de estudio; en la medida que se fueron consolidando, la filosofía se empezó a entender más como la “madre” de todas las ciencias;⁴ recordemos que para Aristóteles en el siglo III a.d.n.e., la filosofía era:

4. Apoyando esta idea de que la filosofía es madre de todas las ciencias, tenemos el argumento de que la filosofía proporciona un sentido a nuestro conocimiento. Nos da la posibilidad de integrar todas las ciencias bajo una misma idea de la realidad. Decía Kant que “un conocimiento no es un conocimiento de verdad si no tiene un sentido y no le faltaba razón” (Con efe de filosofía, 2014).

[...] una ciencia universal, difícil, rigurosa, didáctica, perfectible, principal y divina, además debe ser un saber especial, de los primeros principios y de las primeras causas (Aristóteles, 2007).

Todavía en el siglo XVII Descartes veía a la filosofía como “el estudio de la sabiduría, tanto para conducir la vida como para la conservación de la salud y la invención de todas las artes”; mientras que Marx en 1845, influido por la filosofía dialéctica de Hegel y el materialismo de Ludwig Feuerbach, crea el materialismo histórico con una visión holística en el que los saberes de las ciencias sociales y las humanidades son vistos como inseparables, pasando a su propuesta de que: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo; pero de lo que se trata es de transformarlo” (Marx, 1971:26).

Hoy en día se ha dado una gran especialización de todas las formas del conocimiento humano, pero dada la estrecha interdependencia entre todos esos saberes y la filosofía, cuando ésta avanza en sus concepciones ontológicas, epistemológicas y éticas, entonces las ciencias particulares y las humanidades modifican sus formas de proceder frente a la parte de realidad que estudian o transforman; y viceversa, si las ciencias o las humanidades modifican sus teorías, métodos, técnicas o acciones frente a sus objetos de transformación, entonces la filosofía modifica sus paradigmas en un proceso espiral dialéctico donde la tesis, la antítesis y la síntesis son lo regular en el proceso de conocimiento.

Cuando se revisa lo escrito sobre la filosofía de la ciudad, encontramos que hay pensamientos muy antiguos que se centran en la relación entre “filosofía y ciudad”; para delimitar ese material, nosotros sólo trabajamos con lo que se refiere a la “filosofía de la ciudad”, sin olvidar que la ciudad es cuna de muchas otras actividades humanas, como la socialización, el lenguaje, la escritura y de organizaciones sociales complejas, como la escuela, la iglesia, el gobierno, la administración pública, así como la ingeniería y la arquitectura, que van vinculadas a la construcción de centros ceremoniales, edificios públicos y privados, plazas públicas, monumentos, estatuas, esculturas y pinturas, que desde 1948 empezaron a ser reconocidos por la UNESCO como “Patrimonio cultural de la humanidad”, en su tarea de apoyar la reconstrucción de posguerra en Europa.

La ciudad es un espacio público mayor donde se desarrolla el pensamiento social y la política, como en los tiempos de la Grecia clásica donde

fueron construidos emblemáticos e inspiradores espacios arquitectónicos como la Acrópolis y el Ágora, lugares donde floreció la filosofía y el arte. No se nos olvide que cuando el arquitecto italiano Aldo Rossi⁵ recibió el premio Pritzker de Arquitectura en 1990, equivalente a los Premios Nobel, un miembro del jurado dijo que Rossi era “un poeta convertido en arquitecto”; lo mismo se hubiera dicho en el “Siglo de Pericles” del arquitecto Hipodamos.

Dicho lo anterior, en este ensayo recopilamos algunas de las posturas filosóficas que consideramos influyentes sobre la manera de interpretar el sentido y razón de ser de la ciudad, pues pensar la ciudad desde la filosofía, es tratar de entender su razón de ser como espacio privilegiado del hombre para desarrollarse a plenitud; por eso en la historia humana se marca como parteaguas de su desarrollo, primero el momento en que el hombre se hace sedentario,⁶ y luego, más allá de los caseríos que forman aldeas primitivas, el momento en que el hombre inventa la ciudad como el hábitat que mejor se adapta a su naturaleza gregaria, espacio donde de paso, se desarrolla la división del trabajo con oficios netamente urbanos separados de la recolección y la caza. Otras actividades que se desarrollaron indirectamente en gran escala debido a las necesidades nutritivas de la ciudad, fueron la agricultura, la ganadería y el comercio.

Volverse sedentario fue algo que sucedió quizás hace 25 mil años, cuando el ser humano encontró cuencas o bosques que le dieron la posibilidad de sostenerse por la riqueza en alimentos y agua, sin tener que desplazarse tras de animales y frutos, hecho que le dio tiempo para iniciarse en actividades productivas más allá de la cacería, la carroña y la recolección, a las cuales estuvo atado desde su aparición en el planeta.⁷

5. Aldo Rossi publicó en 1966 un libro destacadísimo denominado *La arquitectura de la ciudad*, en el que difunde sus ideas de la necesidad de que la ciudad sea construida siempre considerándola como un espacio de trazos artísticos. Él dejó una gran herencia a la generación de arquitectos de la Escuela de Milán de la posguerra, época en la que prevalecían ciudades destruidas y precariedad de recursos para reconstruirlas; por eso se alimentaron con fondos del Plan Marshall (Rossi, 1982).

6. Desde luego que hay estudios de reconocen grupos humanos de cazadores-recolectores que sin haber alcanzado un determinado grado de desarrollo técnico y social, se hicieron sedentarios tempranamente debido a la riqueza en agua y alimentos de los ecosistemas en que se asentaron.

7. En los estudios sobre el origen del hombre están marcadas una serie de etapas evolutivas tanto biológicas, antropomórficas como psicosociales; entre *pitecantropus erectus* y *homo sapiens* se registran

Ya sedentario, el ser humano se inició en la domesticación primitiva de plantas y animales y en la artesanía de utensilios; la antropología y la arqueología dan cuenta de la protohistoria; hay evidencias de los miles de años que le llevó al hombre pasar de la etapa de salvajismo a la de barbarie y de ahí a la de civilización; fueron muchos los conocimientos y descubrimientos como el dominio del fuego, el uso de la rueda, las armas de piedra y luego de hierro, etcétera; en todo ello, el desarrollo del lenguaje fue fundamental, pero más todavía, la escritura que permitió dejar testimonio del desarrollo humano.

Apenas tuvo dominio de ciertas técnicas y conocimientos, el hombre se asentó, construyó aldeas de cazadores-recolectores con prácticas limitadas de agricultura y domesticación de animales, hasta crear ciudades primitivas con producción y división del trabajo especializado, instituciones religiosas, militares y de gobierno a partir de las cuales pudieron controlar el territorio inmediato, hasta consolidar pueblos e imperios con los que dominaron amplias regiones.

La expansión de su urbanización obliga a hacernos algunas preguntas, por ejemplo: ¿por qué al hombre le atrae la aglomeración de la ciudad?, ¿qué encuentra de fascinación en ella?, ¿por qué ahora la mitad de su población vive en los suburbios?, ¿por qué reproduce paisajes naturales en la ciudad?, ¿por qué le gusta regresar a vivir al campo con el confort de la ciudad?, ¿está regresando a sus tiempos de nómada apoyado por la tecnología? En la “postmetrópolis”, estas preguntas, encuentran parte de las respuestas (Soja, 2008:333-372).

El sinesismo

Quizás en los descubrimientos sobre ciudades muy antiguas de mediados del siglo XX hasta nuestros días como Jericó y Katal Küyük, construidas hace 11 mil años, se encuentren algunas de las respuestas del porqué el

varios cientos de miles de años; Morgan (1990) se centra más en los aspectos culturales que se identifican con las etapas de salvajismo, barbarie y civilización. En el caso de América la sedentarización inició hace unos siete mil años, debido a que la llegada del hombre al continente por el estrecho de Bering ocurrió hace entre 11 mil y 9 mil años y les llevó por lo menos dos mil años poblar los valles del centro de México.

hombre estuvo consciente de que ese *espacio urbano*, compuesto de edificios, plazas, calles, murallas y balcones, dedicados al culto, la religión, el adoctrinamiento político, el intercambio de productos y la organización de la defensa, respondía a las necesidades gregarias que le permitirían sobrevivir mejor, después de cerca de medio millón de años de andar deambulando por bosques, selvas y sabanas, cazando, recolectando y viviendo de carroña, en calidad de clanes y tribus nómadas en condiciones de salvajismo (Soja, 2008:62-90).

Esas ciudades primitivas dejaron constancia arquitectónica de un acervo cultural sin precedente, aun sin escritura fueron capaces de desarrollar productos propios de una división del trabajo netamente urbana, como para darle sostenibilidad a la ciudad, sin dedicarse a la cacería, la recolección, la agricultura o la ganadería; más bien, desde su posición de liderazgo urbano, pudieron entablar relaciones de intercambio con otros grupos que se encontraban en transición del hombre cazador-recolector y carroñero, pero que ya tenían algunos conocimientos de domesticación de algunas plantas y animales.

Edward Soja sostiene esta hipótesis, ya que las ciudades en cuestión fueron construidas en lugares lejanos a tierras fértiles y donde la agricultura o la domesticación de animales era imposible, en cambio el comercio, les permitió dedicarse a actividades ligadas a su espacio urbano producido. Se trata de ciudades de escala metropolitana, ya que mantuvieron durante algunos siglos relaciones funcionales con otras poblaciones de regiones distantes a varios kilómetros, desarrollándose así, “ciudades-madre” que consolidaban una región metropolitana primitiva (Soja, 2008:47).

Una vez construidas esas primeras ciudades, lo que siguió fue que dada la demanda de productos del medio rural para sostener a la poblaciones urbanas, entonces la agricultura y la ganadería de escala se fueron desarrollando, al lado de muchas otras actividades que le eran funcionales a las ciudades. A ese fenómeno, es a lo que Lefèbvre denominó *sinosismo* en su trabajo sobre “Filosofía y ciudad”; Soja le llama *sinecismo*, pero para ambos significa la cualidad intrínseca del hombre por comprometerse de manera colectiva en la producción de espacios, empezando por el dormitorio, la cocina, espacios donde cada quien tiene su lugar y sus pertenencias; más allá de la casa, hoy sigue la producción de calles, plazas, iglesias, barrios, pueblos, ciudades, metrópolis, megalópolis, países y, así, hasta llegar a consolidar imperios de escala continental o planetaria.

La transición filosófica en la polis griega

Visto así el *sinesismo*, de alguna manera responde a la naturaleza del ser del hombre y la ciudad, que los filósofos de Grecia y Roma clásicas, vieron como algo inherente a ellos, al hombre, al ciudadano de la *polis* y la *chivitas*.

Dada la gran diversidad de tamaños, formas, orígenes, antigüedad y funciones que cumplen es difícil coincidir en una sola definición para la ciudad, sin embargo, partiendo del concepto romano de ciudad (*civitas*), en un sentido puramente descriptivo, diremos que es aquella área urbana que presenta una alta densidad de población y cuyos habitantes no suelen dedicarse a las actividades agrícolas, sin embargo, yendo al análisis de la diferencia entre ciudades y otras entidades urbanas, vemos que más allá del tamaño o la densidad poblacional, lo que hace la diferencia, es el estatuto legal de los territorios donde se asienta la población, porque eso representa un grado de desarrollo institucional que implica formas de organización más compleja, pues requieren de una fuerza de gobierno y un cuerpo militar y administrativo, que haga valer su ley.

Al menos para Occidente, durante la Grecia clásica, lo que permitió pasar del estadio de barbarie al de civilización, fue el hecho de que el gobierno de Pericles impuso a sus asentamientos humanos un estatuto de territorios sujetos a las leyes del Estado ateniense; el distinguido legislador Clístenes en 509 a.d.n.e., fundó el “segundo plan de gobierno humano”, que todavía sirve a las civilizaciones modernas; él colocó el sistema político ateniense sobre las bases que perduraron hasta el fin de su existencia; a partir de su legislación las *gentes*, *fratrias* y *tribus* fueron privadas de su influencia; sus poderes fueron cedidos al *demos* de la tribu local y al *Estado*, desde entonces, fue la fuente de todo poder político.

Clístenes dividió el Ática en cien demos o pueblos, deslindados cada uno por mojoneros y límites distinguido por nombre. Se impuso a todo ciudadanos el deber de ser registrado, con sus propiedades y bienes, en el demos de su residencia [...] Sus habitantes eran un cuerpo político organizado, con poderes de gobierno propio, como un municipio americano moderno (Morgan, 1980:301).

A partir de este criterio empieza a haber definiciones más detalladas como por ejemplo, considerar ciudad aquel espacio geográfico ocupado por una población relativamente grande, permanente y socialmente hete-

rogénea, en el que hay funciones de residencia, gobierno, transformación e intercambio, con un grado de equipamiento de servicios urbanos, que aseguran las condiciones de la vida humana a partir de actividades de industria, comercio y servicios.

El desarrollo de la democracia en Grecia influyó en todos los aspectos, pero también tomó parte en el urbanismo. Es lógico esperar que en el ambiente filosófico griego surgiera también una teoría racional de la ciudad, cuya organización resolviera las deficiencias de la ciudad histórica cuyos precedentes se situaban en la más antigua ciudad micénica del siglo IX a.d.n.e. (desordenada, sin retícula en sus calles, ni espacios públicos para la deliberación).⁸

En las últimas décadas del siglo V a.d.n.e., la reflexión filosófica deja de lado los problemas cosmológicos y físicos, centrándose en el hombre y en lo humano. La filosofía ya no dirige su mirada solamente hacia la realidad natural circundante, sino hacia el hombre mismo y su bienestar. Este cambio coincide con el florecimiento de la filosofía en Atenas, en la gran época del gobierno de Pericles, cuando mandó construir la Acrópolis y el Partenón, obras dirigidas por Hippodamos de Mileto, el más grande arquitecto de la época.

La polis de Mileto fue destruida en el 494 a.d.n.e. por los persas, pero Atenas consiguió rechazar la invasión durante las Guerras Médicas, lo que le proporcionó un largo período de estabilidad y tranquilidad al que le siguió medio siglo de prosperidad material y el mayor esplendor de su realización artística; también fue un periodo en el que se fueron desintegrando los fundamentos tradicionales de la sociedad griega. Así, la Atenas de Pericles, se convirtió en la más importante y poderosa ciudad de Grecia, foco cultural y político en cuyo contexto democrático el poder político se alcanzaba a través del debate en los distintos foros. En esos tiempos llegaron griegos de muy diferentes lugares, entre los que se encontraban los sofistas (Protágoras de Abdera, Hippias de Elide, Gorgias de Leontino, Pródico de Queos, Trasímaco de Caldedón), si bien Critias y Antifonte eran naturales de Atenas (Sofistas, 2014).

La llegada de estos personajes ilustres dio lugar a radicales cambios en el ambiente cultural de la ciudad; justamente en esta época se dio la famo-

8. Micenas fue la capital espartana construida amurallada, para la guerra como principal actividad.

sa discusión entre Sócrates y los sofistas, que lo llevaron a su suicidio con cicutu, pero aun en su contra, él definía a la filosofía como:

[...] labor asignada por los dioses como la de ser el tábano que despertaba a la ciudad del estado de letargo en que se encontraba; su preocupación eran las leyes que en ella regían, la vida comunitaria desarrollada en su seno, en general todo lo que acontecía en la ciudad ateniense, la cual recorría de extremo a extremo conminando a sus conciudadanos a ocuparse de la virtud (Salcedo, 2011:1-2).

En aquel ambiente de polémicas discusiones, cambiaron los ideales sociales; el deseo de independencia y libertad prevaleció sobre el de poder; la democracia se valoró más que la admiración por los héroes o los nobles; las leyes fueron la referencia de comportamiento de los ciudadanos para el buen funcionamiento de la ciudad, dejando a un lado el individualismo anterior; por esta razón la filosofía se convirtió en hija de la ciudad.

En ese nuevo ambiente social la ciudad es el centro del Estado ateniense. La idea es que las ciudades no sean mayores a cinco mil habitantes, pues todos deberían conocerse. La *polis* ofrecía refugio en caso de guerra y era el centro de toda la actividad económica, social y política y proporcionaba escuela, mercado, gimnasios, templos, teatros, espacios fundamentales para la convivencia y el desarrollo intelectual de todos los ciudadanos convertidos en filósofos.

La democracia implica que todos son iguales ante la ley e intervienen en la Asamblea de Ciudadanos, que es soberana; en ella es donde se discute también la ley moral. El Consejo y los magistrados tienen sus funciones de gobierno, pero están sometidos al control de la Asamblea para evitar las intrigas y su constitución en grupos de poder (Sofistas, 2014).

En la *polis* se valoraba enormemente el ocio, por eso la vida pública ocupaba casi toda la actividad del ciudadano ateniense. La mujer permanecía en la casa, marginada de lo público y casi sin salir; era frecuente organizar banquetes en la casa con los amigos, en los que se comía, bebía, escuchaba música y se hablaba de política, arte y filosofía. Esto explica por qué Atenas se convirtió en el centro del pensamiento filosófico. Además, la religión tradicional había perdido vitalidad; los mitos sólo servían para inspirar a poetas o artistas y no existía una clase sacerdotal organizada encargada de velar por la ortodoxia, puesto que tampoco tenían libros sa-

grados cuyos preceptos respetar. La ausencia de dogmas favoreció el pensamiento libre, lo que favoreció una reacción contra las especulaciones de los presocráticos.

Al sofista Protágoras se le atribuye la primera formulación de la teoría del “contrato social” como origen de la vida en sociedad. Ideas retomadas por Thomas Hobbes 22 siglos después. La base de esa teoría está en considerar que la vida en sociedad no es posible si se mantiene una supuesta situación originaria de lucha de todos contra todos, en la que prevalece la voluntad del más fuerte (Sofistas, 2014). Algo así como la “ley de la selva” en la que Charles Darwin basará sus conclusiones en su libro, *La teoría de la evolución de las especies*, publicado en 1859. En esa perspectiva:

[...] una ciudad, la calle es el mundo de naturaleza de hoy; es la selva hobbesiana hecha de cemento. El a-priori político lo constituye ahora el hombre de la calle, el habitante que recorre la ciudad, ya no el hombre salvaje alejado del mundo civilizado de la ciudad (Salcedo, 2011:6).

Las ideas de los sofistas Calicles y Trasímaco también fueron importantes porque afirmaban que lo propio de la naturaleza humana es buscar el placer y huir del dolor; para ellos las leyes humanas destinadas a controlar los impulsos eran antinaturales; lo natural sería el dominio del más fuerte (Sofistas y Sócrates, 2014). Ese tipo de ideas fueron la base ideológica del fascismo, el nazismo y el totalitarismo, que se impusieron durante algún tiempo en sociedades de un mundo plenamente urbanizado durante el siglo XX.

El griego común en esos siglos primitivos era granjero, y si poseía a un esclavo era porque las cosas andaban más o menos bien. Cada *polis* tenía su ejército, su calendario, su moneda, su gobierno y hasta su sistema de medida. ¿Qué sucedió para que la estructura relativamente espaciosa de Grecia, Predoria se convirtiese en un mosaico de pequeños fragmentos? (Monografías, 2014).

Existen razones históricas, geográficas y económicas. Para ellos era importante tener un punto firme, normalmente la cima de una colina defendible. Por eso la “Acrópolis” (la ciudad alta), fue fortificada y sirvió como resistencia al rey. Llegó a ser también el lugar natural de la Asamblea y el centro religioso. He ahí el comienzo de la ciudad, el natural crecimiento económico creó su mercado central. El griego prefería vivir en la ciudad

o en la aldea, andar hasta su ocupación y conversar en la plaza; le gustaba usar los espacios públicos de la ciudad en los que debían argumentar para persuadir y decidir; “eso permitió el surgimiento de la figura del filósofo, en su origen, un ser habitante del espacio público” (Salcedo, 2011:2).

El pueblo griego era sobrio en sus exigencias de vida. Así el mercado se convierte en un mercado-ciudad. Éste llegará a ser el centro de la vida comunal, sin embargo, las regiones más montañosas de Grecia las que nunca desarrollaron *polis*, éstas florecieron en regiones donde las comunicaciones eran relativamente fáciles (Monografías, 2014).

La *polis* tuvo su origen en el deseo de justicia. La parte agraviada sólo estará segura de obtener justicia si puede declarar sus ofensas a la *polis* entera. En la *polis* la venganza privada se transforma en justicia pública, por eso ninguna historia griega podrá comprenderse si no se ha entendido lo que la *polis* significa para los griegos. La Acrópolis es entonces el fuerte de toda la comunidad y el centro de su vida pública en donde la discusión filosófica es producto de una forma de vida cotidiana en la que la reflexión es parte de su concepción sobre lo que deber ser la ciudad.

La filosofía de la ciudad en los tiempos modernos

Si bien Platón había dicho que “son las mismas paredes de la ciudad las que educan a los niños y a los ciudadanos”; Nietzsche dijo que “en la ciudad, en sus espacios abiertos y expuestos a los ojos de todos, opera una educación sentimental de tipo político” (Salcedo, 2011:6).

El poeta estadounidense Walt Whitman en 1855 decía que: “la ciudad es la más importante obra del hombre, lo reúne todo, y nada que se relacione con el hombre le es ajeno o indiferente” (Whitman, s/f). Por su parte, desde una visión estética, el urbanista Lewis Mumford (s/f) de la Escuela de Chicago, donde se produjo la idea de la “ciudad jardín”, dijo que: “La ciudad favorece el arte, constituye en sí misma una creación artística”.

Max Weber tuvo un acercamiento mucho más histórico y sociológico sobre el desarrollo de la ciudad; él parte de la idea de que “la ciudad es un asentamiento más o menos cerrado que forma una gran comunidad con casas muy juntas que generan asociación de vecindad y conocimiento personal mutuo de sus habitantes”; desde luego que los caseríos dispersos

no quedan incluidos en esta definición. Asimismo considera como actividades económicas importantes a la diversidad de industrias y comercio que garantizan la existencia permanente de un mercado autosuficiente para su propia población; la ciudad es fundamentalmente una localidad y asentamiento de mercado; en su análisis deja fuera a la actividad agrícola, ya que “la ciudad tiene una estructura diferente a la del campo” (Weber, 2002:838-839).

Desde luego que la ciudad global, aunque es una continuidad de las ciudades definidas por Weber, cien años más adelante han cambiado muchísimo en su estructura y funcionamiento, sobre todo por la alta densidad, intensidad, dispersión territorial, interacciones diversas que se dan entre ciudades y el mundo, pues hoy vivimos en la “era de las redes y la información” (Castells, 2004).

La ciudad moderna se construye rompiendo las murallas medievales y urbanizando su entorno inmediato hasta devenir en metrópoli. Hoy las megalópolis extienden sus dominios interconectándose entre sí, tienden a hacer del orbe una gran urbe en el sentido lefebvriano de la “urbanización completa” (López, 2003:2).

Lefèbvre dice: los filósofos han “pensado” la ciudad que ligada a la filosofía: “[...] reúne, en y por su logos, las riquezas del territorio, las actividades dispersas y las personas, la palabra y los escritos [...] Hace simultáneo lo que, en el campo, y de acuerdo con la naturaleza, ocurre y transcurre, se reparte según ciclos y ritmos. Asume y pone bajo su guarda ‘todo’” (Lefèbvre, 1973:2-3).

Para Lefèbvre, la ciudad sale a la luz teórica gracias al filósofo y a la filosofía. La historia de la filosofía en relación con la de la ciudad, lejos de haber alcanzado su perfección, apenas está esbozada. Él critica a los pensadores contemporáneos que han reflexionado sobre la ciudad, ya que quieren inspirar a arquitectos y urbanistas y realizar el vínculo entre las preocupaciones urbanas y el viejo humanismo, pero para él, quedan cortos de miras, pues pretenden “pensar” la ciudad y aportar una filosofía de la ciudad, unas veces tratándola como sujeto, otras como sistema abstracto; recordemos que para él es importante el desarrollo de la filosofía relacionado con los modos de producción; en su visión ortodoxa con el marxismo, la ve como producto de la superestructura y en el capitalismo, obviamente es una forma de pensamiento alienada.

La crítica de Lefèbvre es poderosa porque se centra en lo epistemológico de su proceder; ya en el análisis específico de esta relación, insiste en que la historia del pensamiento filosófico puede y debe ser reconsiderada a partir de su relación con la ciudad; según él, esta articulación debe figurar en la problemática de la filosofía y la ciudad; el problema que ve, es que los conceptos filosóficos no tienen nada de operativo y sin embargo sitúan la ciudad y lo urbano –y la sociedad entera– como unidad, por encima y más allá de fragmentaciones analíticas que se dan con las ciencias (Lefèbvre, 1973:5-6).

En la misma línea, en *Penser la ville. Choix de textes philosophiques*, se identifica como problema medular de la sociedad contemporánea el hecho de que, la ciudad, el lugar por excelencia de la convivencia humana, está enferma. En esa antología, Pierre Ansay y René Schoonbrodt pretenden:

[...] seguir el pensamiento filosófico de la ciudad, para llevar a cabo los sedimentos ocultos. Responde a una necesidad de pensar de nuevo y mejorar la ciudad. Debido a que en la ciudad se está acelerando la crisis, ya que su destino está en las manos de los sofistas, cuya lengua tiene la característica única para justificar los proyectos que promueven. El discurso de la ciudad no es la racionalidad o la de equilibrio. Es utilitaria, diseñada para legitimar los actos de acaparamiento y ocultar el precio, la exclusión. En la propiedad común, que es su vocación, la ciudad se convierte en el imperio de las burocracias privadas y el Estado, este último se despliega con el pretexto de la ejecución de grandes proyectos culturales (Ansay y Schoonbrodt, 1989).

En concordancia con Ansay y Schoonbrodt, López Soria piensa que: “Los arrabales modernos, las nuevas zonas residenciales, son para la ciudad lo que los territorios inexplorados del pensamiento son para la filosofía”. No es raro, por eso, que los pobladores de las nuevas urbanizaciones vean los centros históricos de las ciudades, al igual que la UNESCO, como un enorme museo, como no es extraño tampoco que “los cultores de los nuevos territorios filosóficos archiven los saberes anteriores en el desván de la historia de la filosofía”. Por eso, tanto la ciudad como la filosofía son herederas de una vocación expansionista que las obliga a rebasar continuamente sus propios límites (López, 2003:2).

Al igual que Lefèbvre, López Soria piensa que el divorcio entre ambas ha hecho que la filosofía moderna se vuelva abstracta, instrumental, des-

territorializada e intrascendente para la vida urbana, porque está perdiendo la urbanidad que previó Touraine; se refiere al arte de pensar y saber hacer la ciudad en función de necesidades racionales, y de orientarla hacia el respeto al otro, la convivialidad o la práctica democrática, el aprendizaje de cohabitar con el diferencia. Démonos cuenta –dice– de que: “La democracia urbana está casi muerta. La vida urbana ha quedado disuelta en el espacio de los Estados nacionales y de los escenarios internacionales” (López, 2003:3).

Desde esta perspectiva filosófica, el abandono del pensamiento sobre la ciudad puede ser considerado como la raíz del mal que le aqueja, pues la ciencia social toma a la ciudad como un tema marginal. La sociología positivista ofrece mucha información sobre la ciudad, pero aporta poco, como nos lo hace ver Castells. “Para la economía, la ciudad es un espacio de explotación y de intercambio de mercancías, mientras que los teóricos de la arquitectura y el urbanismo lo que hacen es autojustificar sus opciones; el urbanismo es servidor del provecho más que de la cultura” (López, 2003:4).

Ante esta situación la filosofía se limita a analizar los aportes de las ciencias sociales, pero no se ocupa de pensar la ciudad, por eso, López Soria dice que hay que aceptar el desafío de pensar la ciudad, para reelaborar el nuevo paradigma. El reto es que:

[...] el sujeto cognoscente de la filosofía moderna es un sujeto sin pertenencia, sin territorio, universal, abstracto, axiológicamente neutro, laico, desmitificado, que no tiene ojos para ver las localizaciones precisas y diferenciadas. La filosofía vive en la ciudad, pero no la piensa, aunque su pensamiento es urbanizado (López, 2003:4).

Lo que proponemos es una filosofía de la ciudad, no sólo como un saber sobre la ciudad, sino como un saber que está consciente de la ciudad. López Soria, nos propone abordar el problema desde cuatro dimensiones: la *filosófica* como dimensión teórica, ya que la ciudad es hechura de la libertad y germen para la superación de la uniformidad que viene de la sociedad industrial y es potenciada por la globalización.

La *jurídica*, como práctica reguladora de la vida cotidiana, comienza entendiendo a la ciudad como hechura y lugar del derecho. En esta dimensión se aspira no sólo a interpretar el mundo sino a intervenir en él, ya que tiene que proponer un conjunto de ideas regulativas o principios

jurídicos (razón práctica) que orienten los pasos hacia la concreción del ideal de una convivencia racional entre los pobladores urbanos (López, 2003:8). El derecho de la condición urbana pasa, así, a ser derecho de la condición humana. Pensemos en el derecho a la ciudad del que nos habla Lefèbvre.

A la dimensión *política*, que también es práctica, López Soria la ve como una transferencia de lo urbano a lo social convertida en una política urbana, pensada y realizada desde el criterio de la moderna urbanidad, donde la ciudad es el espacio operador de la democracia; por eso es también “el lugar en donde le nacen al capital sus peores enemigos, obligándole a sujetarse a normas jurídicas, contratos racionales y valores éticos” (López, 2003:9).

En la dimensión simbólica la ciudad es operadora de rememoración histórica y de valores simbólicos:

Para que la gestión urbana tenga espesor histórico es imprescindible que se haga en diálogo con el pasado a través de las bibliotecas, los monumentos, el mobiliario urbano, los establecimientos de enseñanza, los medios de comunicación y las diversas formas de relato; la ciudad también es operadora de valores simbólicos: conserva, organiza y administra antiguos y nuevos valores simbólicos que pertenecen y son accesibles a todos (monumentos, nombres de calles, estatuas, carteles, anuncios, mobiliario urbano, etcétera) (López, 2003:9-10).

Es claro que cuando López Soria habla de la ciudad como operadora, le está adjudicando un papel de sujeto, pero nosotros sabemos que en el capitalismo, por mucha democracia que haya, debemos identificar a los actores responsables de las operaciones significativas, más allá de que nos parezca que la filosofía que apunta en estas dimensiones, es una filosofía de la ciudad que puede llegar a ser una filosofía para bien de la ciudad.

En esta etapa de “desmodernización”, los sujetos del reencuentro no son ya los propios de la modernidad. Se impone, por lo tanto, la necesidad de explorar otras posibilidades para un acercamiento fecundo entre filosofía y ciudad, pues las dimensiones institucionales de la modernidad ya fueron desbordadas tanto en términos de poblamiento como de su pensamiento universal y desterritorializado.

Filosofía y ciudad se ven, pues, obligadas a vérselas con una variedad de juegos de lenguaje y mundos simbólicos para cuyo tratamiento están “insuficientemente equipadas”. Imagino, pues, la ciudad postmoderna no sólo como el espacio más idóneo para la coexistencia de diversidades sino como hechura ella misma de la convivencia de lo diverso (López, 2003:11).

Pero como se ha dicho anteriormente, no se trata sólo de pensar la ciudad sino también de gestionarla y producirla como espacio urbano, en los escenarios globales de convivencia con las diferencias, se propone como ética urbana, la convivencia con las diversidades. La idea del arte de vivir juntos de Touraine, supone tener en cuenta las necesidades racionales, el respeto al otro y la práctica democrática, que preparan para tratar dignamente con la multiplicidad de lenguajes y culturas globales. Desde luego que ninguna de estas propuestas piensan regresar a la comunidad cálida, prescriptiva y homogénea del pasado.

Estando de acuerdo con Marco Alexis Salcedo concluimos que:

La filosofía actual ha relegado a un lugar secundario el debate filosofía-ciudad. Los temas de discusión filosófica que son de primer orden atañen a asuntos universales como la ciencia, el saber, la verdad, el Estado, los cuales son pensados inicialmente desde una perspectiva en el que el contexto cultural en que se vive, las características urbanísticas del espacio físico, las condiciones económicas y sociales de la comunidad no son considerados, sino de manera secundaria y como resultante de lo fijado como fundamental en lo universal. Filosofar desde el recorrido de las calles, de la ciudad, es una labor factible que ya se encuentra en realización (Salcedo, 2011:2-4).

La distancia entre las ciencias sociales y la filosofía es más producto de nuestra lejanía con ella; eso se torna en la barrera más importante por derrumbar en estos tiempos de globalización, donde las redes y los medios de interacción digitales, se han vuelto más océanos por cruzar, que medios para llegar a la tierra firme que nos espera del otro lado del mar: la filosofía de la ciudad. La pregunta sigue abierta: ¿cuáles son los espacios para hacer “la filosofía de la megalópolis”?

Referencias

- Aristóteles (2007). “Definiciones de filosofía” [<https://es.answers.yahoo.com/question/index?qid=20070815161413AAixl8j>], fecha de consulta: 21 de agosto de 2016.
- Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (1998). *Diccionario de política*. México: Siglo XXI Editores [<https://es.scribd.com/doc/230746778/Bobbio-Diccionario-de-politica-pdf>], fecha de consulta: 18 de julio de 2015.
- Castells, Manuel (2004). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (3 tomos). México: Siglo XXI Editores.
- Con efe de filosofía (2014). “¿Por qué la filosofía es la madre de todas las ciencias?” [<http://conefedefilosofia.blogspot.mx/2014/06/por-que-la-filosofia-es-la-madre-de.html>], fecha de consulta: 22 de agosto de 2016.
- Cornelius Castoriadis (2002). *Figuras de lo pensable*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Coulanges, Fustel (1998). *La ciudad antigua*. Argentina: Porrúa.
- Foucault, Michel (1977). “Verdad y Poder”, en Juan Antonio Nicolás y María José Frapolli (cords.), *Teorías de la verdad en el siglo XX*. Madrid: Tecnos.
- Glaeser, Edward (2011). *Triumph of the city. How our greatest invenstion makes us richer, smarter, greener, helthier, and happier*. Nueva York: The Penguin Press.
- Hadot, Pierre (1998). *¿Qué es la filosofía antigua?* México: Fondo de Cultura Económica.
- Ianni, Octavio (2005). *La sociología y el mundo moderno*. México: Siglo XXI Editores.
- Lakatos, Irme (1986). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lefèbvre, Henri (1973) “La filosofía y la ciudad”, en Henri Lefèbvre, *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península [http://public.citymined.org/KRAX_CARGO/teoria/participacion/derecho_a_la_ciudad_lefebvre.pdf], fecha de consulta: 23 de agosto de 2016.
- Lefèbvre, Henri (1980). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- López Soria, José Ignacio (2003). “Para una filosofía de la ciudad”, *Urbes. Revista de ciudad, urbanismo y paisaje*, vol. I, núm. 1, abril, Lima, pp. 13-28.
- Marx, Carlos (1971). “Tesis de Feuerbach”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Editorial Progreso, pp. 401-404.
- Monografías (s/f). *Polis* [<http://www.monografias.com/trabajos/polis/polis.shtml#ixzz2YpcEfDT4>], fecha de consulta: 22 de agosto de 2016.

- Mumford, Lewis (s/f). “Concepto de ciudad”, Elisa Venegas G. en Gerardo Meyer, *Historia del urbanismo* [<https://es.scribd.com/doc/2918300/Concepto-de-ciudad>], fecha de consulta: 21 de agosto de 2016.
- Peters, B. Guy (2003). *El nuevo institucionalismo. Teoría institucional en ciencia política*. Barcelona: Gedisa.
- Pierre, Ansay y René Schoonbrodt (1989). “Penser la ville. Choix de textes philosophiques”, *Archivos de Arquitectura Moderna*. Bruselas [<http://www.arau.org/fr/urban/detail/8/penser-la-ville-choix-de-textes-philosophiques>].
- Plácido, Domingo (1997). *La sociedad ateniense*. Barcelona: Crítica.
- Rosique Cañas, José Antonio (2007). “Evolución de las teorías políticas sobre el buen gobierno”, *Revista Buen Gobierno*, núm. 2, México: Fundamespa.
- Rossi, Aldo (1982). *La arquitectura de la ciudad*. Buenos Aires: Gustavo Gili.
- Salcedo, Marco Alexis (2011). *Ciudad y espacio público en la filosofía política contemporánea*. Cali: Universidad San Buenaventura [<http://www.lacaverna-deplaton.com/articulosbis/ciudad1011.htm>], fecha de consulta: 23 de agosto de 2016.
- Sennett, Richard (1994). *Carne y piedra*. España: Alianza Editorial.
- Simell, Georg (2005). “La metrópolis y la vida mental”, en *Bifurcaciones*, núm. 4, primavera [www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm. ISSN 0718-1132.latón], fecha de consulta: 18 de agosto de 2016.
- Sofistas y Sócrates (2014). “Tema 1. Los orígenes de la filosofía: de la physis a la polis”, perso.wanadoo.es [<https://www.google.es/#q=De+la+Physis+a+la+Polis:+Sofistas+y+Sócrates>], fecha de consulta: 22 de agosto de 2016.
- Soja, Edward W. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños. Mapas.
- Taylor, Peter J. (2002). *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Editorial Trama.
- Terrones Negrete, Eudoro (2009). “El concepto de filosofía según los filósofos” [<http://eudoroterrones.blogspot.mx/2009/03/el-concepto-de-filosofia-segun-los.html>], fecha de consulta: 18 de agosto de 2016.
- Tershorst, Pieter (2002). “Continuités et changements des régimes urbains”, en Bernard Jouve Christian Lefèvre, *Métropoles ingouvernables*. París: Editions El Servier, pp. 125-152.
- Touraine, Alain (2000). *¿Podremos vivir juntos?* México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max (2002). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Whitman, Walt (s/f). “Ciudad”, *galeón.com Hispavista* [<http://geografiaurbana.galeon.com/1.htm>], fecha de consulta: 21 de agosto de 2016.